

—Una jóven pálida y hermosa, hija del embajador de Lisboa?

—La misma.

—Sí, la conozco y también á su padre.

—Es amigo vuestro quizá?

El desconocido vaciló.

—Como si lo fuera — dijo por fin.

Alonso acabó de contar la historia de sus cuitas, sin que se olvidara de contarle la proteccion que le dispensaba un amigo, el cual á no haberse salido el jóven de Lisboa le hubiera sin duda ninguna hecho nombrar pintor de Doña Juana, que era entusiasta por algunos cuadros de Alonso. La historia enterneció al desconocido. Cuando hubo terminado, este le dijo:

—Amigo mio, bien habeis hecho en hacerme depositario de vuestras penas. Yo podré hacer algo por vos. En primer lugar, permitid que os diga que no veo vuestra posicion tan desesperada para no hallar mas recurso que el suicidio; otra cosa debierais hacer.

—Qué?

—Esperar. Catalina no está aun casada y, quién sabe! si vos variabais de posicion, puede que el viejo Souza os admitiera por yerno.

—Variar de posicion! No os he dicho que estaba en la última miseria? no me habeis hallado vos mismo durmiendo en la calle? No tengo agotados ya todos los medios, todas las esperanzas, todos los recursos? Oh! yo bien sé que el viejo Souza es avaro y que me admitiera por yerno, aun cuando no tuviese título, con tal que tuviese dinero, pero me he convencido de que yo estoy reñido con la fortuna.

—Constancia, amigo mio, constancia y prosperareis, que pobre porfiado saca mendrugo. Por de pronto, yo puedo ofreceros un principio de fortuna.

—Vos?

—No me habeis dicho que habiais ofrecido á un mesonero hacerle su retrato por una comida, es decir por un escudo?

—Sí.

—Pues bien, yo, que soy hombre caprichoso y raro, os propongo hacer el mio y os doy hasta veinte libras torneas por satisfacer este antojo.

Alonso se quedó sorprendido y no acertó á contestar. El desconocido, creyendo que vacilaba, añadió:

—Os doy cuarenta con tal que me lo hagais así que me presente á pedirlo, en preferencia á cualquier trabajo que tengais proyectado ó emprendido.

—Pero....

—Nada de peros. A mas, el día que vaya á buscaros os daré noticias de vuestra Catalina y acaso..... acaso encuentre medio de haceros entrar en la casa y tener una entrevista con ella. Que diantre! bien podeis esperar á hacerme mi retrato. Para suicidaros siempre os sobraré tiempo.

—Oh! si haceis esto, si me procurais el medio de hablar con Catalina, os deberé la vida, seré vuestro esclavo.

—No quiero tanto. Me basta vuestra gratitud. Quedamos pues corrientes y tomad entre tanto.

Dijo esto el desconocido alargando al pintor un puñado de monedas de oro. Alonso se hizo atrás.

—Yo no pido limosna, — exclamó con orgullo y enrojecida la frente.

—Y quién os habla aquí de limosna? Lo que os doy es solo parte del precio que hemos estipulado para el retrato. Natural es que os deje algo en prenda cuando os compro el derecho de que me hagais mi trabajo en preferencia á cualquier otro.

—Esto sí, cuando vos lo reclameis estaré á vuestro servicio. Os lo prometo, y promesa de artista es palabra de rey.

—Promesa de artista es palabra de rey! — exclamó el desconocido repitiendo lentamente estas palabras — bien dicho, aun cuando sea algo orgulloso la espresion.

—Tal ha sido siempre mi divisa, — dijo Alonso.

—Promesa de artista es palabra de rey! — volvió á repetir el desconocido á quien pareció haber chocado esta frase. — Pues es una buena divisa, y el hombre que la tiene debe hacer carrera. Quedamos convenidos. Yo me encargo de daros noticias de Catalina la primera vez que nos veamos. Vuestro nombre, jóven?

—Alonso Sanchez Coello, — dijo tímidamente el pintor.

—Perfectamente. Adios!

—Pero, — dijo Sanchez deteniendo al desconocido, — cómo me hallareis si ni yo mismo sé donde voy á parar?

—Perded cuidado, yo os buscaré. Conozco todos los rincones de Bruselas y sabré dar en vos. Buenas noches!

Y sin añadir mas palabra, el desconocido le volvió la espalda y se alejó á grandes pasos. En cuanto á Sanchez Coello, tomó la bolsa que contenia sus pinceles y sus colores, se la echó á la espalda y se dirigió á una posada donde á duras penas pudo conseguir que le abrieran á hora tan adelantada

de la noche. Solo lo alcanzó haciendo sonar en su bolsillo el oro que le había dado el desconocido.

IV.

A la mañana siguiente estaba ya muy adelantado el día y dormía aun Alonso Sanchez Coello profundamente, entregado sin duda á sueños hermosos y felices, cuando le despertaron fuertes golpes dados en la puerta de su habitación. Tiróse de la cama, vistióse á toda prisa y abrió la puerta.

Un hombre entró en la estancia paso á paso. Era un vejete de rostro severo pero bondadoso, que vestía un rico traje de corte. Al hallarse en el cuarto, empezó á mirar á todas partes, y no viendo ningun adorno, ninguna maleta, ningun traje, ningun mueble en fin, que pudiera revelar el bienestar del que allí habitaba, alargó de una manera significativa los labios, acompañando este gesto con encojerse lijamente de hombros.

—En que puedo servirlos?—preguntó Alonso á quien tenia sorprendido toda aquella pantomima.

—Acaso me habré engañado ó me habrán dado mal las señas—dijo el vejete como hablándose á sí mismo.

—Puedo servirlos en algo?—volvió á repetir el admirado jóven.

—Perdonad, —dijo entonces el recién llegado. —Buscaba á un pintor llamado Alonso Sanchez Coello.

—Yo soy.

—Vos?

—Yo mismo.

—Entonces dispensadme nuevamente, —prosiguió el vejete saludándole con toda cortesía—dispensadme si al ver la sencillez de vuestra habitación, habia creído no ser vos la persona que buscaba. Yo pensaba que viajabais con tren y boato, con esplendor y riqueza como cumple á vuestro rango y elevada posicion. Pero, por otra parte, demasiado me hago cargo de lo caprichosos y raros que son á veces los artistas! He conocido á muchos, entre otros al Ticiano, pintor de mi muy noble amo el emperador, y estoy al cabo de sus rarezas.

Sanchez Coello estaba atónito. No comprendia ni una palabra de lo que se le decia y tuvo que restregarse los ojos para asegurarse de que no estaba dormido. Pero aun creció de punto su asombro cuando oyó añadir al vejete:

—Maese Coello, he venido á veros por encargo de S. M. Don Felipe II rey de España y de los Países Bajos. Yo soy su camarero y fiel criado don Fernando Leiva.

Alonso miró al camarero del monarca con ojos azorados.

—Por encargo de S. M!... —balbuceó—á mí!... yo!...

—Teneis ya preparado vuestro aposento en palacio,—continuó Leiva—S. M. quiere festejar como es debido al gran pintor favorito de su muy amada hermana Doña Juana. No me ha costado poco trabajo el hallaros. Muchos dias hace que os ando buscando por todas partes.

—A mí!—esclamó el artista cada vez mas asombrado.

—A vos mismo. Desde que S. M. recibió la carta de Doña Juana en que le decia estar en Bruselas y recomendarle á su pintor favorito, desde entonces que me dió la órden de buscaros y llevaros á su palacio donde teneis dispuesta una lujosa habitación con todos los ménesteres, porque —y aquí el camarero se acercó á Coello y le habló en voz baja y con misterio—porque parece que S. M. trata de encomendaros un gran cuadro y desea que se lo trabajéis cuanto antes. No es esto deciros que yo lo sepa, maese Coello, no, libreme Dios de adivinar el pensamiento de S. M!... pero me lo sospecho por ciertas palabras y por la impaciencia que demostraba cuando me decia cada noche: «Con que, no me has encontrado aun á Coello? Eres un torpe, Leiva! A ver si mañana serás mas feliz.»

Si era sueño, duraba ya demasiado para que pudiera Alonso poner en duda la realidad. El pobre artista no sabia lo que le pasaba. La alegría, el cambio inesperado de fortuna, su escena con el desconocido de la víspera, la esperanza que le habia hecho concebir de hablar á Catalina, todo giraba en confuso tropel por su imaginacion de un modo capaz de volverle loco. Cuando pudo coordinar sus ideas, cuando consiguió ponerse sobre sí y pensar un poco sobre su situacion, entonces ya todo lo vió mas comprensible y mas claro.

En efecto, Alonso habia dejado en Lisboa á un protector, el que deseaba hacerle pintor de la princesa Doña Juana. Sin duda habia conseguido este empleo durante su ausencia y, enterado por su amigo Luis de que Alonso se hallaba en Bruselas, habria conseguido de Doña Juana que escribiera una carta al monarca su hermano recomendándole al artista. Esta fué al menos la esplicacion natural y plausible que se dió. No podia ser otra tampoco. Ah! ya el horizonte de sus amores empezaba á mostrarse despejado para el pobre Alonso.

La voz del camarero de Don Felipe fué á interrumpirle en medio de sus meditaciones.

—En que estais pensando, maese Coello? Vestíos aprisa y vámonos á palacio. A S. M. no le gusta esperar.

El artista siguió á Don Fernando Leiva quien le instaló en una magnífica habitacion de palacio. Nada habia sido olvidado. Allí encontró en efecto todo lo que podia hacerle falta para pintar. Don Fernando le dejó solo y le dijo que iba á ver al rey para noticiarle su encuentro y su llegada á palacio.

No tardó en volver el camarero, portador de las órdenes de S. M. Estas eran terminantes y severas como todas las que daba el monarca español. El rey queria un cuadro que representara algunos pasages de la vida de su bienaventurado patron San Felipe, y lo queria para adornar con él la iglesia de Santa Úrsula el dia mismo de la fiesta de San Felipe, que era dentro veinte y cinco dias. Corto era el plazo, por lo mismo era desec de S. M. que Coello no saliese en todo aquel tiempo de palacio y que se dedicase completamente á la obra. Concluida esta, siendo del agrado de S. M. como no podia menos tratándose de un cuadro pintado por el artista favorito de su hermana, maese Coello seria recibido en audiencia particular por el monarca y este se comprometia á darle para entonces la suma que le pidiese ú otorgarle el favor que le demandase.

—Con que quiere decir,—esclamó Alonso cuando hubo terminado el camarero su mision,—que estos aposentos serán mi cárcel durante veinte y cinco dias?

—Poco menos—dijo Don Fernando.

Coello se conformó y se prometió trabajar sin descanso. El jóven pensó que acaso pendia de aquello su futura dicha, pues si lograba hacer una obra que agradara á Felipe, si conseguia ser bien visto de este monarca, Alonso se arrojaria á sus piés y le pediria por único favor su intercesion para obtener la mano de Doña Catalina. Cómo negarla entonces el viejo Souza, si quien se la pedia era un rey y todo un rey como Felipe II?

Acariciado por esta idea, mecido por esta grata esperanza, el artista sintió revivir su muerto entusiasmo y en el acto mismo se puso á trabajar con todo afan y firme deseo de perseverancia. Veinte y cinco dias eran muy pocos para una tan gran obra, y Coello conoció que no habia momento que perder si queria el dia señalado tenerla concluida.

El cuadro fué empezado en el momento. Desde entonces Alonso pasó los

dias pintando y hasta muchas noches transcurrieron para él sentado ante el caballete y el lienzo. Solo empleando todas las horas y concediéndose muy pocas de descanso era como el artista podria abrigar la esperanza de dar feliz término á su tarea.

El camarero Don Fernando Leiva iba muchas veces á hacerle compañía mientras pintaba y se pasaba largos ratos con él hablando del caracter particular de Felipe II. Bueno será que aquí digamos algo de la pintura que del rey hizo Leiva á maese Coello, pintura exacta y que está conforme con la tradicion y con la historia.

El emperador Carlos V, harto ya de victorias y de intrigas, abandonó un dia la pesada carga de los negocios y se retiró á disfrutar de la paz de un monasterio, nombrando por su sucesor á su hijo. Sin alegría, al menos aparente, heredó Felipe II á su padre vivo, no obstante dejarle el cetro mas pesado, pero la corona mas bella y mas envidiada del mundo todo. Casado con una muger que contaba doce años mas que él, misántropo y melancólico por naturaleza, reservado y silencioso por costumbre, severo y rígido por cálculo, Felipe se ocupaba de los negocios del reino con actividad, con constancia y hasta con obstinacion, però sin entusiasmo y sin interés, como si se tratara solo de cumplir un deber penoso y poco grato. De este modo pasaba el dia sin permitirse ni el menor descanso ni la mas leve distraccion; su frente, continuamente arrugada por el trabajo incesante y por los cuidados, no se veía un solo instante serena y apacible. Cuando llegaba la noche, encerrábase el monarca en su oratorio y allí permanecia solo, entregado á sus rezos y meditaciones, sin que ni una mano fraternal serenase su frente, sin que ni una voz amiga poblase su soledad.

La reina vivia enteramente separada de él, y los cortesanos bullian silenciosos á su alrededor, sombríos y severos en su presencia como estatuas de piedra. Los unos atribuían el melancólico caracter del rey al dolor inconsolable que le causara la pérdida de su primera muger, la princesa Doña María de Portugal, los otros al germen roedor de una enfermedad fatal que el hijo de Carlos padecia casi desde su cuna y que no debia segun ellos abandonarle hasta el sepulcro. Lo cierto es que nadie jamás habia visto sonreír al rey y que sus mas fieles y mas queridos servidores no se le aproximaban sinó temiendo siempre oír salir de sus labios una palabra dura. Y sin embargo, jamás se le habia oido una sola de estas palabras. Cuando tenia que reprender, hacíalo con un gesto ó una mirada, pero júzguese qué mirada ó que gesto debia ser, cuando el mismo Fernando Leiva que descri-

bia su caracter á maese Alonso, debía morir mas tarde de espanto por haber obtenido de su señor uno de esos varios testimonios de enfado.

Cuanto mas se hacia cargo Sanchez Coello del carácter de Felipe, mas prisa se daba en su trabajo. Conocia que todo debía temerle de aquel monarca si defraudaba su esperanza no presentándole el cuadro para el dia fijado.

Coello, el independiente artista, el entusiasta amante, el hombre osado, llegó á tenerle miedo á Felipe, segun la pintura que de él le hacian, y cada vez que oía abrirse la puerta de su estancia, se volvia estremecido temiendo tropézar con la figura severa del monarca dibujándose en el umbral.

Hallábase una tarde pintando como de costumbre. Solo seis dias faltaban para el plazo y la obra se hallaba ya tan adelantada, que Alonso estaba seguro de terminarla como no la soltara de la mano en lo que de tiempo le quedaba.

De repente vió el artista entrar en su taller á un hombre embozado en una capa larga. Alonso al fijar en él su mirada dejó caer el pincel que sostenia su mano.

Era el traseunte que le habia hallado dormido, el desconocido que le habia impedido suicidarse. Alonso no le desconoció aun cuando solo habia visto su rostro de noche y á la luz engañosa y equívoca de la luna.

—Por fin os encuentro!—murmuró el desconocido.—No me ha costado á fé mia poco trabajo. Pero, ya se vé, cómo podia yo ni siquiera llegarme á imaginar que el hombre que sin mi intercesion iba á suicidarse, falto de pan y de abrigo, debía á los pocos dias estar alojado en el mismo palacio real recibiendo la espléndida hospitalidad del monarca! Siempre dije yo que erais muchacho destinado á hacer carrera. Os doy por el pronto mi parabien.

—Gracias,—murmuró el artista,—gracias! Todo os lo debo á vos. Sin vuestra aparicion á mi lado en aquel momento de locura, Sanchez Coello encontraba una tumba en el rio y nadie se hubiera acordado jamás del nombre del artista muerto por el hambre y la desesperacion.

—Ahí vereis lo que son las cosas de este mundo. Cuando mas apurada está una situacion, mas pronto llega el cambio..... Pero, hablemos de negocios. Me debeis mi retrato.

—Y vos el cumplimiento de una promesa, de una consoladora promesa que me hicisteis.

—La he cumplido. He visto á vuestra Catalina.....

—Ah! la habeis visto?

Y al decir esto el jóven con un acento rico de emocion y de ternura tuvo que llevar la mano á su corazon para contener sus palpitaciones.

—La he visto y la he hablado de vos.

Alonso se acercó al desconocido. Temblaba como la hoja de un árbol, tal era su conmocion.

—Y qué?—dijo con una ansiedad que se pintaba con toda fuerza en sus ojos.

—Os ama como nunca: os ama como jamás ha dejado de amaros.

Sanchez Coello se pasó la mano por la frente rociada de sudor.

—En cuanto á su padre,—prosiguió el desconocido soltando las palabras con una gravedad calculada como si se gozara en juzgar de su efecto,—en cuanto á su padre, ha renunciado al enlace que tenia proyectado y ha retirado su palabra que habia comprometido con un primo de la jóven.

Aquí ya Alonso no pudo contenerse y dió un chillido de alegría, un verdadero grito de entusiasmo arrancado á la raiz de su alma. Era el único momento de felicidad que tenia despues de tantos dias de amargura.

—Sin embargo,—se apresuró á decir el desconocido,—no canteis tan pronto victoria. Hay otro pretendiente á la mano de la bella Catalina.

—Ah!

Y el rostro de Alonso horró la espresion de inesplicable júbilo que le habia coloreado.

—Sí, hay otro, el mas temible que pueda presentarse.

—Porqué?

—Porque—y el desconocido se acercó al oido de Sanchez mirando antes á todos lados por precaucion y como si fuera de gran importancia lo que iba á decirle,—porque está protegido por el rey y este es quien en su nombre ha pedido al viejo Souza la mano de Catalina.

El pintor se puso lívido. Aquella noticia era un golpe que destruía completamente todas sus esperanzas.

—El rey ha pedido la mano de Catalina?

—El mismo rey en persona, sí, amigo mio.

—Y no sabeis para quién?

—Esto es lo que no me ha sido facil averiguar. Solo sé que el viejo Souza, ante tan poderoso mediador, ha retirado la palabra que tenia comprometida con el primo y ha cedido á la demanda de S. M.

—Ha cedido?

—Pues qué otra cosa podia hacer?

- Oh! He ahí perdidas todas mis ilusiones, todas mis esperanzas.
- Perdidas! y porqué?
- Porque, vos no sabeis. S. M. me ha encargado este cuadro que ahí veis sobre el caballete y cuando yo lo tuviera concluido debia pedirle una gracia que, sea cual fuese, S. M. se comprometia á otorgarme. Ahora bien, yo pensaba pedirle por única gracia su real mediacion para obtener la mano de Catalina, y el monarca... el monarca no me hubiera negado este favor al ver que se lo pedia como la felicidad de toda mi vida.
- Y bien, porqué no hacerlo aun?
- Me acabais de decir....
- Quien sabe! En primer lugar puede que mis informes no sean exactos y despues, nada cuesta el pedirlo. El rey es rey y al fin puede deshacer lo que ha hecho. Felipe II quiere mucho á los artistas y si vos le entráis por el ojo derecho como suele decirse, acaso....
- Teneis razon. Aun no pierdo del todo la esperanza. Pondré en este lienzo todo mi saber, todo mi genio, toda mi vida, y si logro arrancar su aprobacion con mi obra, entonces....
- Entonces, segura teneis la mano de Catalina aun cuando á otro se la haya prometido.
- Sí, sí, este lienzo es mi única esperanza. Me cojeré á él como el náufrago á su leño de salvacion.
- Y el artista cojió su paleta y pinceles disponiéndose á continuar su obra.
- Bien pensado, — dijo el desconocido, que en seguida añadió con un tono completo de indiferencia: — Ahora, en cuanto á nosotros, empezaremos cuando gustéis.
- Qué? — dijo Alonso que no comprendia.
- Calla! ya lo habeis olvidado? De mi retrato os hablo.
- Ah! sí, es verdad.
- Cuando lo empezareis?
- Dentro seis dias si os parece.
- Cómo dentro seis dias?
- Sí, este lienzo debe ser entregado el dia mismo de San Felipe. En terminándolo, soy vuestro.
- Amigo mio, lo siento, pero precisamente yo necesito tambien el retrato para dicho dia pues que mi muger se llama Felipa y quiero regalárselo.
- Pero hacer las dos cosas es imposible, ya lo comprendereis. Una ú otra debe retrasarse.

- Retrasad el cuadro.
- Se lo he prometido al rey.
- Tambien á mí me habeis prometido el retrato que os he pagado anticipadamente. A mas, recordad nuestros pactos.
- Sí, sí, pero S. M....
- Antes soy yo que S. M. Dijisteisme, recordadlo bien, que en cuanto yo me presentara seria preferido á cualquier trabajo que tuvieseis proyectado ó emprendido y añadisteis....
- Pero....
- Añadisteis: Os lo prometo y promesa de artista es palabra de rey.
- Es verdad.
- Luego, debeis reflexionar que sin mí, no tendriais ahora la paleta en la mano; que sin mí, no os encontrariais en esta rejia estancia sino amortajado por las aguas en el seno del rio.
- Teneis razon, pero ya sabeis lo que me va en no concluir este cuadro. Arriesgo en ello mi porvenir, mi fortuna....
- Promesa de artista es palabra de rey, — dijo gravemente el desconocido. Sanchez Coello dejó caer sus manos con desaliento.
- Repito que teneis razon. Mañana empezaré vuestro retrato.
- Así terminó la conversacion del jóven con el desconocido.
- Al dia siguiente este era puntual y Alonso, conforme á su palabra, empezó el retrato. Dos horas trabajó en él y citó á su modelo para la otra mañana.
- A los tres dias quedaba concluido el retrato con entera satisfaccion del desconocido que se deshacia en elogios. En efecto, la semejanza era maravillosa. Alonso habia estado felicísimo en su obra y el desconocido estaba encantado.
- Maese Coello, habeis hecho un retrato admirable. Os quedaré siempre agradecido, y sobre todo por haberme preferido al rey. Así pues, os diré como este: Pedidme el favor que se os antoje. Sea cual fuere, yo me comprometo á hacéroslo.
- Vos?
- Yo mismo que, aun cuando no soy rey, valgo tanto como él. Antes de poco volveremos á vernos; entonces os diré mi nombre y accederé á lo que me pida quien tal retrato ha sabido hacerme. Os lo prometo y os digo á mi vez aceptando vuestra divisa, pues yo soy tambien un poco artista: promesa de artista es palabra de rey.

Y el desconocido salió dicho esto de la estancia dejando al pobre Sanchez Coello cara á cara con su cuadro que era ya imposible acabar para el día prefijado. En vano trabajó, pernoctó, se apresuró.... Coello no consiguió otra cosa que fatigarse y llegó el día de San Felipe sin que hubiera terminado su obra.

Por la mañana de este día entró en el cuarto el camarero Leiva que hacia mas de seis días no habia dado por allí ninguna vuelta. Encontró á Alonso pálido, desencajado el rostro, los ojos sanguíneos por la fatiga y la fiebre de inquietud que le abrasaba.

—Cómo! —esclamó Don Fernando, —no teneis terminado el cuadro?

—Ya lo veis, dijo Sanchez Coello arrojando la brocha y el pincel que en toda la noche habia soltado de la mano.

—Ay! Dios mio! y como lo hacemos ahora? S. M. va á venir aquí en persona para ver este cuadro que cree concluido desde ayer.

El artista calló.

—Se le habia así prometido en vuestro nombre.

El artista se cruzó de brazos y bajó la cabeza.

—Dios eterno! Buena la habeis hecho! S. M. se pondrá furioso en cuanto lo sepa. Y nada menos que ayer invitó á la corte toda para que viniera á ver la pintura antes de ser trasladada á la iglesia de Santa Úrsula. Maese Coello, digoos verdaderamente que no quisiera yo ser de vos en este momento.

—Decidle á S. M. que me ha sido imposible cumplir mi palabra —esclamó melancólica y dulcemente Alonso. —Por lo demás, aquí me tiene. Que me castigue, que haga de mí lo que mejor le parezca. Así como así, estoy ya cansado de la vida.

—Pues entonces corro á avisarle, á prevenirle antes que aquí venga y nos encontremos con un mal mayor. Ay! ay! ay! Dios mio! Dios mio! Dios mio!

Y el buen camarero, confuso y aturdido, se salió, repitiendo sus exclamaciones, con toda la posible celeridad de sus años y sus piernas.

En cuanto á Sanchez Coello, se quedó tranquilo, resignado á su suerte que era difícil preveer cual seria, tratándose de un carácter como el de Felipe II. A todo estaba dispuesto nuestro jóven. Tenia la calma de la desesperacion.

Media hora despues, un ruido que oyó en la puerta de su habitacion le hizo volver la cabeza. Estaba aquella entreabierta y pudo ver acercarse á un capitan de guardias que se detenia en el umbral y colocaba allí dos cen-

tinelas á las cuales él mismo daba secreta consigna.

—Oh! me ponen preso! —murmuró el jóven. —Todo está concluido. Felipe II se vengará.

Y Alonso se sentó ante su caballete á aguardar los acontecimientos que, segun se anunciaban, debian ser siniestros. Ya desde entonces el silencio de su estancia no fué interrumpido mas que por los pasos sordos y monótonos de los centinelas que se paseaban cruzándose por delante de su puerta.

Así transcurrió todo el día sin que el pintor viera á nadie, mas que al criado que le sirvió la comida y al cual no interrogó porque demasiado conoció que tendria la orden de ser mudo.

Al anoecer disponíase Alonso á tomar un poco de reposo, cuando oyó ruido de pasos. Abriéronse las puertas de su habitacion, y dejaron penetrar á un capitan de guardias que dirigiéndose á Coello le dijo brevemente:

—De orden del rey! Seguidme.

El artista se levantó y obedeció. En cuanto atravesaba el umbral de su cuarto, los dos centinelas hicieron un movimiento y se pusieron á su lado empezando á andar con él tras del capitan.

—Oh! puede que ya esté condenado! —se dijo Alonso.

Atravesaron sin hallar un alma varias galerías, cruzaron ricas filas de aposentos y empezaron por fin á descender por escaleras abovedadas.

—Ya está visto, —se volvió á decir el jóven, —me llevan á un calabozo donde esperan que me muera de hambre ó me pudra antes de rabia.

Prosiguieron bajando. Siguiéron varios corredores que parecian subterráneos por la poca circulacion en ellos de aire y llegaron últimamente ante una puerta de bronce que el capitan empujó para abrirse paso. Una capilla se presentó á los ojos atónitos del artista, una capillita modesta, con pocos adornos y con nada mas que dos luces en el altar mayor. Ya entonces Alonso se sorprendió verdaderamente.

Habia oido hablar de muertes, de ejecuciones que se decian haber tenido lugar en el silencio, en el secreto de la interioridad, y aquel aparato le hizo temer que tratara acaso de asesinarle sigilosamente, introduciéndole antes en la sombría capilla para poder elevar sus postreros rezos al Señor. Y no era que él, noble y digno corazón de artista, temiese la muerte, no; ya hemos dicho que estaba dispuesto á todo, pero le arredraba el morir ignorado, lejos de sus amigos, de su familia, del mundo, sin poder sobre todo decirle adios á su amada, sin el consuelo de saber que la muger de sus sueños iria á verter una lágrima y á depositar una flor sobre su tumba.